CAPITULO II.

LOS CARAMELOS LITERARIOS.

A los que juzgan mis defectos de historiador, se les ha pasado que mis trabajos no son de historia, sino de crítica histórica. Es cierto que en toda historia debe haber alguna crítica y que en toda crítica histórica es preciso que haya historia; mas la crítica tiene por objeto depurar lo que se llama historia y formular con ella generalizaciones que sirvan de enseñanza á los hombres de Estado y á los pueblos.

El crítico debe evitar á todo trance ser la víctima de los errores de su medio y de los de su propio espíritu. "El crítico, dice Taine, debe desconfiar de los nombres célebres, de las grandes palabras, del entusiasmo; no debe tomar las aspiraciones y las exigencias de nuestra sensibilidad como pruebas y certidumbres, debe descomponer las leyes de la óptica moral, debe estar muy prevenido contra las ilusiones de la palabra, contra los dogmas de la opinión, contra los delirios de la admiración, contra los compromisos de partido; debe investigar y marcar siempre el punto débil en una época, en una nación, en un hombre, en sí mismo." (1)

La crítica es una necesidad mental de primer orden en el individuo y en la colectividad. La inteligencia tiene dos fun-

(1). Taine.—Derniers essais de critique et d'histoire, págs. 52 y 53.

ciones para conservar y hacer progresar á la especie humana: el análisis y la síntesis. El análisis prepara los materiales de la síntesis y á su vez la síntesis es el material de las generalizaciones que expresan teorías, sistemas, leyes, que rigen la adaptación y dominio del género humano sobre su planeta.

El mejor análisis se realiza por la erudición: un diccionario enciclopédico es un rico depósito de materiales de análisis, pero fuera del método, el análisis no rinde resultados filosóficos. Las cualidades del análisis son la fineza, la sutileza, la delicadeza, la precisión, la penetración y la profundidad.

La fineza sirve para apoderarse del hecho atómico infinitesimal, celular, molecular; sirve para distinguir la disonancia imperceptible, para sentir el desacuerdo más insignificante entre el carácter y el acto de un hombre, entre la sociedad y su medio, entre la marcha de los siglos y las líneas de evolución segura é indeclinable de esos medios. La sutileza es la suprema fineza, es la zaña en la investigación, la pasión ardiente, infatigable, tenaz, absorbente por el descubrimiento. La delicadeza afecta los procedimientos de observación, de comparación, de clasificación, de método. La precisión consiste en extraer de una masa de hechos agrupados, articulados, confusos ó regidos por un método, el hecho que se necesita, limpio, completamente aislado é irreprochablemente verdadero. Lo preciso, es el trabajo de erudición verificado con pureza de procedimiento y con pureza moral, es decir, con honradez. La penetración consiste en comprender correctamente el hecho observado, todas sus relaciones, toda su influencia, todo su valor para la síntesis, toda su importancia para la generalización. La profundidad hace avanzar la penetración hasta descubrir los detalles más ocultos.

La síntesis es la asociación sistemática de los hechos descubiertos, comparados, clasificados por el análisis. El hecho disociado por éste, debe transportarse íntegro y depurado á un sistema ya conocido ó nuevo. El análisis toma de multi-

tud de *canteras* ó edificios los materiales necesarios para construir el edificio propuesto por la lógica del sistema.

El espíritu exclusivamente sintético sólo se dedica á producir juicios sin entender bien lo que juzga por falta de análisis. Hay dos clases de grandes sintéticos: los genios dominados por inmensos sentimientos y elevadas ideas despóticas que no consienten la fatiga y la disciplina mental indispensable para el análisis, y los imbéciles activos, presuntuosos y tiránicos. Víctor Hugo y Michelet son grandes sintéticos que desorganizan con su poder de pensamiento y de sentimiento la intelectualidad de una sociedad, de una generación, de una época. El espíritu de Víctor Hugo apercibe enormes masas de hechos; los sacude con su imaginación; los amolda con su maravilloso pensamiento, los decora con sus espléndidas metáforas, personificaciones, simbolismos; y los lanza al mundo bajo la protección de un lenguaje que conquista la admiración en las conciencias cultas é incultas.

Michelet, es menos poderoso en pensamiento, menos exaltado en ideas, menos nervioso, menos absorbente para las masas de fenómenos, menos atrevido para conquistar, dominar, construir y demoler, con los esfuerzos indisciplinados de la idea inflamada, haciendo demagogia, profetismo, hipnotismo con golpes de sentimientos que se encrespan y revientan en olas por alguna atracción solar, sideral ó difusa en el infinito de los ensueños ó de las esperanzas. Michelet conquista sin ruido, envuelve con la dulzura de sus sentimientos, seduce con la frescura de sus pasiones, tiraniza suavemente con el perfume de alguna virtud, siempre candidato de algún ideal.

Pero cuando Víctor Hugo y Michelet se meditan, se nota que la reflexión descubre impresiones de volcanes, de tormentas, de corrientes suaves, de océanos de luz; pero nada de sistema, de juicio de generalización científica. El efecto de esos genios, es el de un apocalypsis, nunca el de la extracción y presentación correcta de la verdad seca, sin poesía y en su tamaño rigurosamente natural.

Los imbéciles sintéticos se caracterizan por su impotencia hasta para el análisis más elemental, como el que distingue un caballo de una locomotora. No siendo capaces de diferenciar una montaña de un río, ni un bosque de una nube, ni el día de la noche, en las regiones de su inteligencia. Voy á presentar á esta clase de sintéticos bajo la forma común que existe en la nación mejicana. Se me ha dicho que la historia tiene fallos inapelables, que Juárez ya fué juzgado, que adquirió el diploma de ser el primer genio del universo y el primer ángel del paraíso, y que estoy obligado á someterme incondicionalmente al fallo de la opinión pública; en suma, se quiere deshonrar la intelectualidad nacional, degradándola hasta que admita el colosal desatino de que en historia haya autoridad de cosa juzgada. Prescindiendo de que ni Juárez, ni mejicano alguno célebre ha sido juzgado por la historia, por no haberlo tolerado durante nuestra vida nacional la barbarie de que aún disfrutamos, pues la historia para gran parte de nuestra clase ilustrada es peligrosa y aun antipatriótica y para nuestra clase popular es un crimen; prescindiendo de que sólo tenemos en lo general textos de leyendas y novelas para cebar nuestra vanidad, y que el mejicano que se atreve á considerar al pueblo algo culto hasta dedicarle estudios históricos, la multitud docente lo lapida y los estudiantes protestan contra sus obras; prescindiendo de toda esa gran mentira que hace ridículos y despreciables casi todos nuestros libros históricos, y prescindiendo, por último, de que el patriotismo jacobino nos prohibe como á pueblo y como á individuos tener decoro y progreso en nuestra existencia mental, hay que considerar como tipo de sintéticos imbéciles en Méjico, á las personas que creen en los fallos irrevocables de la historia, en la inviolabilidad de los hombres declarados gloriosos ante el examen crítico, y, por último, las que tienen la convicción de que la *crítica patriótica* sirva para hacer de los pueblos algo que no sea profundamente despreciable.

El sintetismo de los imbéciles se caracteriza en psicología,

por impotencia absoluta para el análisis; por falta de ideas propias; por abundancia de ideas pequeñas, vulgares; por falta de sentimientos nobles y enérgicos, y exhuberancia de sentimientos despreciables como la vanidad, el patrioterismo, la intolerancia, la envidia y los rencores de los *incomprendidos*. El jacobino es un sintético que busca su material analítico, no el mundo de la realidad sino el de sus ideales inmensamente desproporcionados con lo que puede dar el presente y el porvenir. El jacobino es un sintético que se analiza á sí mismo, olvidando que existe algo fuera de él y que la peor de las tiranías consiste en obligar á los pueblos á que realicen ideales imposibles. No me refiero en esta apreciación á los jacobinos mejicanos porque ya no existen; un jacobino personalista es algo así, como el fuego helado ó como la virtud criminal. A los jacobinos actuales en Méjico no les queda más que un espíritu de refectorio y á él sacrifican los últimos restos de vigor, de orgullo y de la gran alma de muchos de sus antecesores mejicanos.

*
* *

El espíritu sintético en el crítico, exige fuerza, amplitud, grandeza. Hay fuerza cuando siendo enorme y de buena calidad el material analítico, todo él se emplea útilmente para la síntesis; hay amplitud cuando esos materiales son variados, sin dejar de ser aplicables al estudio que se emprende; hay grandeza, cuando se prueba facilidad para sintetizar con numerosos y variados materiales de un extenso y profundo análisis.

El mérito de una crítica depende del equilibrio entre el espíritu analítico del crítico y su espíritu sintético. Pocos son los tipos equilibrados en materia de crítica y no se conocen, aún los perfectamente equilibrados. Según los más potentes psicólogos figuran como equilibrados en ciencias biológicas, Claudio Bernard y Pasteur; en historia, Fustel de Coulanges; en filosofía, H. Spencer y Taine; en poesía, Dante y Goethe; en literatura, Balzac; en arte, Leonardo de Vinci.

Como acabo de decirlo, estos gloriosos equilibrados están lejos de probar equilibrio perfecto. A Taine, se le reprocha el defecto de frecuentes discordancias, y se le prueba haciendo notar que el admirable análisis que hace en su primer volumen de "Orígenes de la Francia" no corresponde á todas las poderosas síntesis que aparecen en los volúmenes posteriores. Y sin embargo, Taine, ocupa en crítica filosófica un lugar tan elevado como Spencer, á quien se le reprocha despilfarro de material analítico, no aprovechado en sus correctas generalizaciones.

*
* *

Lo que acabo de escribir explica uno de los grandes obstáculos para que los fallos históricos puedan considerarse con la fuerza de la cosa juzgada. Ni han existido, ni existen, ni es posible fijar para cuándo existirán, esos historiadores y críticos capaces de imponer al mundo fallos irrevocables. El vulgo, sobre todo el pedantesco, cree que tales historiadores y críticos se encuentran en todas las naciones, en todas las redacciones de periódicos, en todos los banquetes donde se brinda, en todas las ceremonias donde se adula, en todos los sepelios de hombres célebres donde el pariente, el amigo, el partidario, toman la trompa de la epopeya, ensordecida con los pañuelos del llanto y proclaman coronar á los difuntos en nombre de la historia. Como los fallos históricos no se pueden imponer con hogueras, cárceles, bayonetas, protestas de estudiantes, alaridos de ayuntamientos bárbaros, manifestaciones de fanáticos ó de cretinos, ni con decretos de Legislaturas y penas en los Códigos; resulta que, como ya lo dije, aun cuando existieran los magistrados divinos de la crítica histórica, faltaría el público capaz de aceptar sus fallos, únicamente en nombre de la razón, de la virtud, de la ciencia, de un ilimitado respeto á la verdad. Semejantes pueblos

no existen y siempre el más elevado crítico como Spencer ó Taine, será condenado por cualquier estúpido que en cualquiera masa analfabeta encontrará forzosamente aplausos para los instintos bestiales que forman la gran síntesis de la ferocidad. Las masas que no sirven para la democracia son radicalmente incompetentes para el análisis, para la reflexión, para el sentimiento verdadero de la libertad, en consecuencia sólo pueden admitir la síntesis de los instintos ante la cual no puede haber historia ni crítica.

*
* *

Respecto á mi persona psíquica se le concede erudición, luego hago análisis; nadie ha intentado probarme que esa erudición no es aplicable al caso, luego mi análisis es preciso. Se me reprocha mi inclinación á las generalizaciones, luego tengo espíritu sintético; se me reprocha, mi saña, mi inquina, mi odio á Juárez, luego procuro hacer penetrante mi análisis hasta el desmoronamiento completo de la conducta del hombre que estudio; se me reprocha mi vehemencia, contesto haciendo mías las palabras del señor Fernando Iglesias Calderón al defenderse contra sus detractores: "En buena dialéctica, el cargo debe ser formulado con mucha vehemencia, la prueba debe ser rendida con mucha templanza." (1)

Se me acusa de vehemente para hacer cargos, doy las gracias á mis detractores porque me reconocen esa gran cualidad de crítico.

La prueba del cargo la rindo siempre con mucha templanza, porque consistiendo siempre ésta en documentos, no es posible presentar un documento destemplando su contenido á menos de alterarlo ó falsificarlo. Mis pruebas son por su naturaleza siempre templadas.

Hago también mío el siguiente fragmento de la bella y

(1) Fernando Iglesias Calderón. La traición de Maximiliano, pág. 20.

justa defensa del Sr. Iglesias Calderón, hecha por él mismo. "Anteriormente, dice el señor Iglesias Calderón, allá cuando los historiadores escribían simplemente *ad narrandum,* el cargo de apasionamiento tenía gran importancia; porque el apasionamiento de lenguaje era indicio de ofuscación de criterio. Ni aun entonces bastaba ese cargo para destruir las afirmaciones de un historiador. Su efecto se reducía á hacerlas sospechosas, á ponerlas en cuarentena, á tratar de verificarlas ó desmentirlas, pero, en nuestros días, cuando todo se comprueba, cuando el historiador escribe *ad narrandum et ad probandum,* el cargo de apasionamiento de lenguaje no pasa de ser una trivialidad, con la que falto de argumentos, se pretente refutar aseveraciones fundadas en la verdad y en el raciocinio." (1)

Se me ha reprochado el ímpetu. En las ideas el ímpetu prueba exhuberancia de razonamientos convergentes ó rápidamente sucesivos que asaltan los errores del lector hasta clavar en su espíritu la gloriosa bandera de una verdad ó hasta determinar la fuga de un desatino. El ímpetu en el lenguaje es indispensable en la peroración conforme á las exigencias de la elocuencia. Un lenguaje uniforme tiene las bellezas de un desierto africano. Lo que se llama lenguaje reposado, sin inflexiones, sin brillo, sin vibración, sin contrastes, sin modulaciones; es un lenguaje preciso propio de las matemáticas; pero en cuestiones donde forzosamente hay que tratar, remover, levantar, sacudir, estrujar ú oprimir sentimientos, para quitar obstáculos y proteger la lucha de las ideas; sólo produce el efecto de hacer soltar el libro reposado á la mayoría de los lectores lo más pronto posible, sobre todo si son latinos. Francia debe su gran potencia de propagación de las ideas á que el lenguaje uniforme, parejo, reposado, es desconocido entre los grandes escritores y detestado por el público. El lenguaje de Pascal, el más solemne y grave de los escritores franceses, es profundamente artístico y

(1) Obra citada, pág. 21.

tiene trozos que parecen salir de la cólera estruendosa de los más elocuentes profetas de Israel, á los que fué desconocido completamente el lenguaje reposado.

El señor Lic. Don José María Iglesias reconoce como otros críticos lo han reconocido en Tácito, que el odio no es siempre causa de falsedad ó de impotencia en la crítica. Pues nos dice el citado señor Don José María Iglesias:

"A los que quieran conocer la innoble conducta observada en tales empresas por el hombre de Diciembre, recomendamos la lectura de la obra de Pyat, en la que no por el constante desahogo de las pasiones democráticas de su autor se falta en un ápice á la verdad." (1)

El señor Iglesias Calderón tiene sobre este asunto un párrafo irreprochable por su exactitud: "Queda tan sólo por considerar, asegura el señor Iglesias Calderón, si es impropio en escritos de carácter histórico el uso motivado de las entonaciones enfáticas. ¡Que á tal cosa ha quedado reducido el impresionista cargo de apasionamiento hecho á mis "Rectificaciones"! ¡Nó! no están vedados al historiador, ni el entusiasmo ni la indignación. La historia no debe ser la simple relación incolora é insípida de acontecimientos ya pasados, sino el fallo justiciero y solemne que premia ó castiga, que enaltece ó infama! La Historia en virtud de la ley del Progreso, ha llegado á ser una ciencia, sin dejar, por eso, de ser un arte. Y yo, si algo deploro, es no ser artista; es decir, no tener la suficiente pasión para transmitir á mis lectores mi propio entusiasmo ó mi propia indignación!" (2)

*
* *

Se recomienda severamente el lenguaje natural. ¿Qué es el lenguaje natural, sencillo, claro, tan elogiado no sólo en historia sino en literatura, sobre todo en el teatro moderno? Para una verdulera, el lenguaje natural es un desahogo de

(1) José María Iglesias. Revistas. Tomo III, pág. 476.
(2) Iglesias Calderón. "Rectificaciones Históricas," pág. 23.

palabras obscenas mezcladas con imágenes groseras é interjecciones impúdicas. Para un comerciante el lenguaje natural es el de una factura de mercancías adornada con sus timbres cancelados; para un militar el lenguaje sencillo, es disciplinado como sus sentimientos, sus intereses é ideas á la soberanía de su superior, la Ordenanza; para un teólogo el lenguaje natural, es lo ininteligible; para un verdadero poeta, el lenguaje sencillo es el himno, el sollozo, el huracán, los ruidos del combate, los sordos lamentos de la melancolía, los estertores de todo lo que agoniza; para un diplomático el lenguaje sencillo consiste en no tener ninguno, para que nada se le entienda. ¿Hay un lenguaje natural y sencillo, único para todas las clases sociales y para la heterogeneidad de sus individuos? Nó, hay tantos lenguajes como individuos; el lenguaje natural es el que cada uno emplea sin esfuerzo, según su raza, su educación, su profesión, su posición, su inteligencia, sus sentimientos, su instrucción y su carácter. Yo no escribo ni hablo más que con el lenguaje natural, para mí sencillo, para los demás ardiente, presuntuoso, vehemente, agresivo; pero no puedo escribir con lenguaje de otra ú otras personas.

*
* *

Las llamadas *biografías de Juárez*, escritas por los señores Zerecero, Baz y Sosa, son excitantes de hilaridad para las personas de criterio sano. "*Biografía*" quiere decir *descripción de la vida*. En la vida de todo individuo hay errores, faltas, torpezas, malas acciones, méritos, energías, debilidades, y tratándose de un hombre público el conjunto de su existencia es extremadamente complexo. En lo que se llama *biografías de Juárez*, se han suprimido todos los errores, todas las faltas, todas las debilidades, todas las malas acciones, y se han hiperbolizado los méritos con las turbias lentes del politiqueo á diez mil veces sus diámetros. Semejantes obras deben calificarse generosamente de *caramelos literarios*, teñidos con la fushina del sectarismo y propinados al pueblo

mejicano por millones de toneladas lo han hecho dispéptico para la civilización.

Un pueblo cuya conciencia no tiene jugos activos para digerir la verdad, es un triste pueblo naturalmente enclenque, intelectualmente miserable, incapaz de entender el derecho y de amar la justicia, inmensos bienes que sólo la verdad puede proporcionar. Con la escuela patriótica de los caramelos literarios, en vez de obras serias, solemnes, profundas de crítica, vamos marchando hacia la posición infeliz del pueblo coreano, cuya credulidad lo ha convertido en el ludibrio y en la escoria de las naciones. El empleo de la luz eléctrica sin la luz intelectual, sólo sirve para realzar en un pueblo las grandes deformidades que lo hacen propio para la esclavitud.

Afortunadamente en la sociedad mejicana la falta de luz intelectual sólo es aparente. Hay un gran grupo formado de liberales, conservadores, indiferentes, ancianos, mujeres, adultos, que se considera capaz de figurar en la civilización moderna y que ve con horror el programa coreano á que se le quiere someter por medio de los tóxicos caramelos literarios. La fracción social mejicana civilizada, debe á todo trance procurar la crítica histórica, único poder humano capaz de verter todas sus nobles esperanzas de redención en el molde de una realidad irreprochable é indestructible.

Ofrezco, pues, en este libro vehemencia, ímpetu, fulminar cargos tremendos, saña é inquina en el análisis y apelar hasta donde me alcancen las fuerzas á todos los recursos necesarios para hacer una crítica implacable de la época, del medio, de las facciones, de las leyes, de los hombres públicos y sobre todo de Juárez; tal como la exigen la filosofía moderna y el patriotismo de una sociedad que como la de Méjico, tiene la honra actualmente de ser invitada en calidad de nación intelectual á todos los congresos científicos que celebra la porción más florida é imponente de la humanidad. Es digno de la burla ó el desprecio de los pueblos que nos observan, lo que estamos haciendo: pretender representar muy alto en Europa, codearnos con las más solemnes eminencias

del pensamiento impregnado de ciencia y de liberalismo; ocupar butacas desde donde se contemplan todas las conquistas de un progreso serio, exento de toda farsa, sólido, limpio de baos bárbaros y al mismo tiempo despojarnos en nuestro país como de una malla de cilicios del ropaje magistral de la verdad por sentirlo abrumador para nuestras vértebras de vieja raza indígena abortada sin elementos de reacción. ¿Nuestra civilización es una cáscara? ¿es un disfraz de vistosos *confetti?* ó tiene algo de formal susceptible de hacer respetables nuestras individuales y colectivas ambiciones?

Yo no pretendo ser el Juez Supremo en el Josafat horriblemente confuso de nuestra historia. Hace pocos días, el señor Vigil me decía: "El primero que escribe sobre determinado asunto histórico, no puede hacer más que un *mal borrador.* Viene después otro que corrige ese borrador y después un tercero que corrige al segundo historiador, y así sucesivamente. Todavía en 1905, están los sabios corrigiendo borradores de hace tres, cuatro, siete mil años, ó sea la historia de la India, de la Asiria, del Egipto." Y en Méjico, admitimos que un granuja, un gacetillero, un político especulador, un sabio sin dotes, un amigo sentimental, un agradecido virtuoso; en suma, cualquiera, sin más fuerza que su audacia, su ignorancia, su cinismo, ó su negocio, nos dé fallos irrevocables, infalibles, eternos, históricos! Sólo en nuestra lastimada patria hay profesores de historia que enseñan la existencia de los fallos irrevocables. En el Congo no hay sabios, pero tampoco hay historia.

Este libro es un borrador que corrige los anteriores, no pretendo que sea otra cosa y lo único que deseo es que la nación silbe á todos los infalibles y proclame como base de su progreso moral é intelectual la libertad de la crítica implacable y guarde para las bronquitis del sectarismo los caramelos literarios.